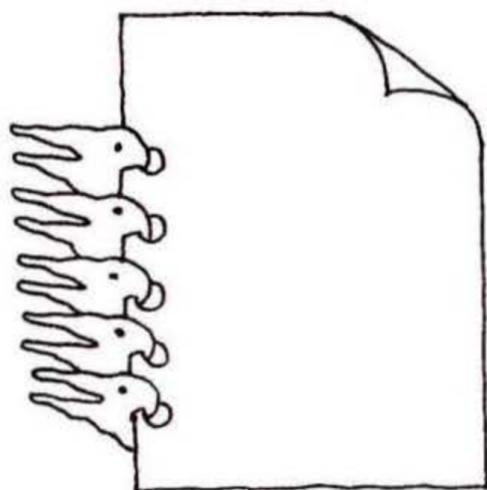


la creación de cuatro resguardos con un área estimada de 27,2 millones de hectáreas y 328.282 beneficiarios, lo que indica que la lucha sostenida por los indígenas y los simpatizantes de su movimiento ha rendido sus frutos y que dichas áreas se constituyen en fundamentales zonas de protección de los recursos naturales en ecosistemas frágiles; es decir, son salvaguardas de culturas milenarias y de una cada vez más amenazada naturaleza. Al igual que el resto del libro, los datos, porcentajes y cifras están bastante bien cotejados y presentados en unos muy bien presentados y distribuidos cuadros. La parte legal es muy completa y reafirma el carácter de manual que tiene el libro.



La cuarta parte, "La normatividad sectorial relacionada con los pueblos indígenas posterior a 1991", demuestra que el fuero indígena aun no ha sido actualizado a la luz de lo dispuesto en la Constitución política. Existen algunos esfuerzos de una legislación transversal, pero en general se muestra que no existe una legislación especial o estatuto indígena. Se presenta, entonces, un útil resumen de las principales normas que tienen que ver con los distintos sectores en que está organizada la administración pública (salud, educación, medio ambiente, sector agrario, planeación, régimen territorial, hacienda y fuentes de financiación, jurisdicción especial indígena, transporte y fronteras) con posteridad a la adopción de la nueva Carta constitucional. Conjunto que muestra cómo, en cierta manera, el Estado colombiano y la legislación se han visto obligados a reconocer la diferencia.

¹ En la citada versión de 1989 los autores registraron 81 pueblos indígenas y un to-

tal de 448.710 indígenas, lo que indicaría que, contrariamente a lo sucedido en épocas anteriores, en las que ser indígena era un desprestigio y las parcialidades se encontraban en franco proceso de disminución presentando acelerados procesos de campesinación, la actual muestra un fortalecimiento del ser indígena, por lo menos en lo relativo a legalización de tierras, etc. Ojalá que la cultura indígena y la defensa de sus valores sigan el mismo proceso.

² *Los pueblos...*, pág. 109.

JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO

Jugando a jugar

El pan y el circo. La experiencia lúdica en una sociedad de mercado

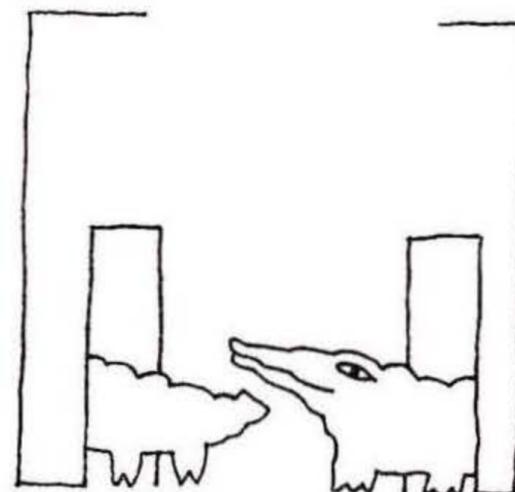
Paolo Vignolo

Instituto Distrital de Cultura y Turismo-Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá, 1997, 212 págs.

Nuestra época es época de exactitud: las cifras, ese gran alivio ante el misterio, regulan cada una de las actividades de nuestra vida, de un modo del que somos más o menos conscientes. Sin embargo es una exactitud fanática, desesperada, porque la ciencia, hija preferida de la razón, se ha asomado ya al abismo y sabe por anticipado que jamás conseguirá ser del todo "exacta". Las cifras mismas nos traicionan a medida que las entendemos mejor, mostrándose como otra parte del misterio. Ya Gödel, en 1931, anticipaba la catástrofe cuando demostraba con su famoso teorema que toda formulación axiomática de teoría de los números lleva, inevitablemente, a proposiciones indecidibles. Esto es, que *incluso* en matemáticas, la incertidumbre reina... y ya no tenemos un Dios a quien culpar o ante el cual expiar nuestra ignorancia. Tenemos pues, que volver a las fuentes de la razón occidental y comprender con humildad que nadie hasta ahora ha superado la lucidez del "yo sólo sé que nada sé".

Ahora bien: aunque ya (a menos que nos refugiamos en la ceguera) nos hemos dado cuenta de que la ciencia no

va a ser capaz de resolver las preguntas finales acerca de la existencia con un "sí" o un "no" absolutos, aún es posible pensar que la misma podrá llegar un día con cierta "aproximación estadística" a resolver misterios acerca de cómo y por qué estamos aquí. Y si eso no basta para aliviar nuestra vida cotidiana de preguntas acerca de lo *justo* y lo *injusto*, siempre se puede tergiversar un poco a Darwin y proclamar que "lo que está" es "lo justo", puesto que ha "sobrevivido". Esto es, simplemente, que la vida es una cuestión de eficacia. Y esa palabra, *eficacia*, se convierte entonces en el gran bálsamo de la razón moribunda, en la última fuente de certezas en una conciencia a lo *occidental-style*.



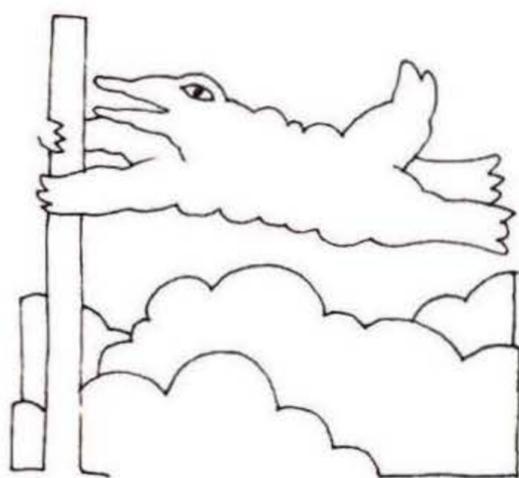
Pero, entonces, ¿cómo apreciar a este libro entre cuyas páginas encontramos frecuentes ataques a la "eficacia" como parámetro de vida? ¿Cómo valorar, dentro de su propio marco, una concepción del mundo que no acepta la balanza, ese instrumento propio de la razón, como juez del mundo y de los hombres?

Quizá el mismo Vignolo (Milán [Italia], 1968) nos ayuda en esta necesidad de "juzgar" su trabajo al plantearnos la "Premisa" que constituye la presentación del libro:

Este escrito surge de un viaje, el viaje para perderse en el laberinto de la propia experiencia vivencial. Es un viaje que no se puede describir ni explicar: las palabras, este otro laberinto, no permiten comunicar por completo las inquietudes y las emociones, los miedos y los íntimos deseos que nos acompañan en nuestro camino cotidiano. Sin embargo, vale la pena entregarse a veces a

las palabras, aunque sea para contradecirse. [...] Para expresar mi manera de ver las cosas he tratado de entregarme a una "racionalidad mágica", que se saliera de las estrechas mallas de las causas y los efectos, que buscara la imagen y la metáfora más allá de la sistemática corroboración de un concepto. [...] Era pues el único camino posible para hablar el lenguaje académico más allá de la académico, con el íntimo convencimiento de que, como decía Nietzsche, hay que ver la ciencia con los ojos del artista y el arte con los de la vida. [pág. 17]

Nos sentimos, pues, más aliviados al contemplar que su mismo autor ha captado la contradicción que sentirá todo aquel que lea este libro (ganador del concurso de ensayo "Bogotá, una ciudad que sueña" en 1996). Esto es: la que puede generarse cuando se reduce hasta lo grotesco su mensaje catalogándolo como "un análisis racional sobre la necesidad del juego". Lo cual puede verse de dos maneras muy distintas: la primera es que, a los ojos de una sociedad basada en la razón, este libro resulta tan útil como un tratado de arte amateur podría serlo para un impotente ciego; la segunda es que este libro contiene un valioso intento de encontrar una transición hacia lo lúdico, luego de que la razón pretendiera el monopolio del saber humano. En resumen, un grito para que los humanos seamos una vez más no sólo capaces de arriesgarnos a visitar el laberinto, sino también de disfrutarlo.



Quizá por ese deseo de enfrentar a la razón consigo misma, buscando herir su pretensión absolutista, muchas de

las "armas teóricas" que escoge están tomadas de entre lo más "puro" del pensamiento occidental, desde los mitos griegos y sus arquetipos, pasando por teóricos capitalistas y marxistas, Platón y la tradición judaico-cristiana, Hegel y Deleuze, sin olvidar a ese "gran racionalizador" que fue Freud, ni a Nietzsche (especialmente el Nietzsche que es Zarathustra, esto es, el Nietzsche cercano a la demencia o, lo que es lo mismo ante los ojos de la razón, el Nietzsche sin miedo a contradecirse).

No resulta demasiado exagerado afirmar que este libro pretende vulnerar las bases de un sistema de pensamiento, que a su vez es cimiento de todo un sistema social, y en tal intento no hace caso de barreras preconcebidas. Tan polifacético como su autor (quien además de economista ha sido prestigioso, teatrero y presentador de feria), el hilo del discurso recorre temas tan variados como la concepción del tiempo y el espacio, las construcciones sociales y su relación con el instinto de muerte y el sentido de la "culpa", la "libertad" y la "igualdad" del mercado como reflejo del terror ante la existencia, el disfrute del misterio, entre muchos otros.

Finalmente, ante tal variedad de temas interconectados, nos encontramos en la situación de quien recorre un laberinto construido con espejos: cada imagen es el reflejo de otra que a su vez forma un recodo del camino, por lo que después de muchos tropiezos y más de un vidrio roto, finalmente dejamos de obsesionarnos con hallar la salida, de encontrar aquel objeto del cuál se reflejan todas las imágenes, y descubrimos que la mejor manera de comunicarnos con el exterior es el laberinto mismo.

Es un libro denso en ideas, sin que ello impida captar un sentido de actividad lúdica que se justifica a sí misma, quizá porque toma elementos de una visión del mundo a la que sólo por prejuicio podría llamarse superada, pero que sin duda alguna sí ha sido olvidada.

El juego en sus orígenes es actividad sagrada, relación privilegiada para entrar en contacto con el mundo de los dioses, entrega a la apariencia de lo sensible, para llegar

a lo profundo que se esconde bajo la superficie de las cosas. [pág. 135]

Lo cual, por cierto, no está muy lejano de una concepción platónica del arte como entrega a los fenómenos en un intento de hacer visible lo eterno, del artista como mediador entre el mundo material y el espiritual: un ser híbrido entre la sensibilidad y las ideas.

Jugador y artista: Artista-jugador.

Al leer este libro, uno siente que constituye el inicio de una *Weltanschauung*, una visión personal del mundo no aún del todo madura pero que en un futuro llegará a tener una solidez propia que la hará perturbadoramente atractiva. Este libro tiene la promesa del vértigo y ésa es, al fin, la única prueba de que no se está ciego.

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

Reedición

El poder político en Colombia

Fernando Guillén Martínez

Editorial Planeta, Bogotá, 1996, 594 págs.

No es casual la reedición del libro de Fernando Guillén Martínez. La dimensión de la coyuntura política de los años noventa, la crisis de los partidos, la nueva legislación que promueve mayor participación de la gente en los asuntos públicos y la sensación común de vivir en un país desdichado, actualizan el modelo y las tesis que Guillén dejó planteadas en la primera edición del libro, en 1979. Son conclusiones duras, a veces amargas. Se trata, a fin de cuentas, de la aceptación de una situación anómala que nadie, desde la cúpula del poder, se atrevió a modificar, sino más bien a valerse de ella, a explotarla y estimularla hasta el punto de llegar a constituir el elemento principal de la cultura política nacional: la sumisión, la incondicionalidad política y el caciquismo, término con el que se designó por mucho tiempo al clientelismo.

Guillén Martínez escribe en un momento en que predominaba en el am-